

FERRER GUARDIA Y EL CATOLICISMO ESPAÑOL

MANUEL LIZCANO

Mi aportación al tema propuesto la he centrado en los siguientes puntos de reflexión:

1. Las mentalidades libertaria y católica en la "generación del Desastre".
2. Los tiempos corto, medio y largo en los acontecimientos sociales.
3. Utopía, estructuración y entropía en los sistemas sociales.
4. Arquetipos y contaminaciones en la cultura liberante española.
5. El libre o anarca tras la revolución española e hispánica.

1. Las mentalidades libertaria y católica en la "generación del Desastre".

El final del siglo XIX constituyó para toda la vida española un cambio de época especialmente dramático. Se ha estudiado ese momento crucial con detalle por los analistas de historia de la literatura y de las ideas, o de la historia política, social y económica. Bajo la etiqueta retórica de "fin del Imperio" se debatió entonces algo muy serio, que afectaba a la raíces de la comunidad histórica, y cuyas últimas repercusiones todavía, al acabar nuestro siglo, siguen pendientes de encontrar solución plena. Aunque desgarrados internamente, lo mismo que en la Península, por la larga guerra civil que fue todo el siglo XIX, "los españoles de allá", de las provincias de Ultramar, tratados como colonias por los ineptos gobiernos decimonónicos de Madrid, se encontraron de la noche a la mañana reducidos a ocupación extranjera, y a auténtico régimen colonial, bajo la agresión de la naciente hegemonía internacional de los Estados Unidos. El Martí del premonitorio "Desde el vientre del monstruo", la gesta épica del presidente Aguinaldo al frente de los tres años de lucha filipina contra el ejército norteamericano, y la atónita desolación de la autogobernada autonomía puertorriqueña al encontrarse súbitamente cautiva, caracterizan en los tres casos, durante la primera generación de nuestro siglo, el mismo fondo de "Desastre" histórico que dio su identidad a nuestra "generación del 98". El ya maltrecho predominio internacional de España, sostenido a duras penas en una larga travesía de doscientos cincuenta años, termina por derrumbarse cuando los Estados Unidos, que ya habían duplicado su territorio a costa de México en 1848, sometido a protectorado Centroamérica e intervenido Suramérica concurren al puente con Inglaterra de distintas formas, terminaron de hacer su gran entrada en el escenario internacional. Sólo habían transcurrido cincuenta años entre el tratado norteamericano con México de Guadalupe-Hidalgo y el de París con España, que reconocía a su vez la ocupación de las últimas sociedades hispanomestizas de América y Extremo Oriente vinculadas aún de alguna forma a los gobiernos finiseculares de Madrid.

Dentro de ese marco de referencias es donde nos interesa situar las dos mentalidades o corrientes que ocupan ahora nuestra atención: la católica y la libertaria, en cuyo conflicto adquiere todos sus rasgos emblemáticos la figura de Francisco Ferrer Guardia (1859-1909). Conflicto al que vamos a referirnos igual que lo hemos hecho al tratar de caracterizar la "generación del Desastre": dando de lado los convencionalismos, tópicos y prejuicios que nos ocultan de ordinario el rostro verdadero de nuestra propia realidad. El resultado de este

enfoque no puede aspirar, por supuesto, a ningún género de verdad absoluta que pudiera ser conocida por nuestra inteligencia en el acontecer de la realidad humana. Todo el pensamiento "actual", Nietzsche, Einstein, Wittgenstein, Vattimo, Zubiri... viene a parar a la índole "tanteante" de nuestro conocimiento. Las viejas ilusiones positivistas de seguridad y progreso quedaron definitivamente atrás. Lo que sí cabe hacer, ahora y siempre, es tener discernimiento crítico bastante para que el fundamento del que partimos, nuestra radical apuesta a la índole última de la realidad, sea intrínsecamente razonable. Y en este camino bien puede entenderse que nunca ha descansado la inteligencia humana en supuesto más consistente que el de su esencial e integral liberación. Hipótesis o axioma —que tanto da a estos efectos— de partida, irrenunciable en principio para las dos mentalidades, libertaria y católica, que tan violentamente se confrontan en la vida española de la primera década del siglo XX. ¿Cómo se llegó a este antagonismo, y en qué ha venido a resolverse hasta hoy, a lo largo de este siglo que estamos terminando? Este es, en adelante, el tema de mi reflexión.

En un católico de después del Concilio Vaticano (1962-1965), y sobre todo si le tocó contribuir a su gestación desde las duras condiciones españolas de las dos décadas anteriores, nada puede haber más bochornoso que el sombrío período eclesiástico iniciado con el *Syllabus* de Pío IX, en 1864, y culminado con la encíclica *Pascendi*, de Pío X, en 1907. De la condena de todos los intentos liberales y socialistas de construir una sociedad nueva, se pasó a definir en términos máximamente peyorativos el papel del laico cristiano en la comunidad eclesial: "Solamente el colegio de pastores tiene el derecho y la autoridad de dirigir y gobernar. La plebe (sic) no tiene derecho alguno, a no ser el de dejarse gobernar como rebaño obediente que sigue a su pastor". El rechazo frontal de las autoridades eclesiásticas a los católicos modernistas de esa primera década de la generación de 1900 no pudo llegar a expresarse de manera más brutal. Todavía se necesitarían cincuenta años para que en el Vaticano II la imagen oficial de la Iglesia católica —y en términos generales, de las reformadas— volviera a cobrar, al menos en parte, su genuina identidad cristiana y humana; esto es, la raíz *liberante* del mensaje evangélico de Jesús de Nazaret.

Dentro de ese marco de referencia, opuesto a toda concepción liberadora del hombre —fuera ésta anticristiana—, se habían movido a sus anchas los clérigos y laicos del catolicismo reaccionario del siglo XIX, a partir de sus vinculaciones esclerosadas con el antiguo Régimen europeo que arruinó la Revolución Francesa. Su postrera manifestación será el integrismo político-religioso que declaran la *Pascendi* y la simultánea creación no oficial del *sodalitium* romano conocido como la *Sapinière*; el cual, presidido por el prelado Benigni, tomará a su cargo, entre 1909 y 1921, una función delatora y represiva. En España, los movimientos ultramontanos neocatólicos y tradicionalistas, convergerán en el partido integrista de los Nocedal, que se alimenta a su vez de los círculos integristas, nacidos con el de Madrid en 1892, y cuyo órgano periodístico fue durante muchos años *el Siglo Futuro*. La supresión de la *Sapinière* parece haber contribuido a fortalecer en su momento el único radicalismo de la *Action Française*. No obstante, la corriente vaticana de recuperación de los valores humanistas y de justicia, que había

tomado forma en 1891 con la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, condenará la *Action Française*, en 1926 por Pío XI, a la vez que se impulsa el sindicalismo cristiano y nace la acción católica especializada. No cabe olvidar, sin embargo, la gran influencia que Charles Maurras (1868-1952) y su periódico ejercieron hasta los años posteriores a nuestra guerra civil, en los escritores reaccionarios católicos de *Acción Española*.

Pero del otro lado pasaba prácticamente lo mismo. Los principios de una pedagogía racionalista (Alejandro Tiana, *Educación libertaria y Revolución social*, 1987), que van a fundar la teoría y la experiencia de la *Escuela Moderna* (la institución nace en 1901; la obra se publica en Barcelona, en 1912, tres años después del fusilamiento de Ferrer 1859-1909) contribuyeron de modo decisivo al alto nivel de conciencia libre, racionalmente adulto y de sacrificio por el ideal de la justicia que dieron al movimiento anarcosindicalista español, y a sus realizaciones revolucionarias de 1936-1939, una grandeza moral y épica inigualada en todo el "siglo de las Revoluciones". No obstante, se ha señalado con precisión los fallos (carencias afectivas, y sobre todo excesos de dogmatismo adoctrinador o antirracional) que pesaron sobre la experiencia (Dommaget, Maurice, *Los grandes socialistas y la educación. De Platón a Lenin*; ed. esp., 1972). Sin embargo, lo más grave estuvo en la actitud no neutralmente agnóstica, atea o antiteísta sino de fanático sectarismo anticatólico. Se comprenden ambos radicalismos por razones de defensa recíproca: el integrismo liberticida y el odio antitradicional habían llegado a hacerse temibles para cada uno de los dos bandos contendientes en aquella España de salto entre el siglo XIX y el XX. Motivos de encono y de miedo recíproco los tenían sobrados. Los más repugnantes excesos llegaron a hacerse habituales en unos y en otros. Sobraban pretextos, ya digo. Pero jamás hubo razón para un sólo asesinato, ni para reprimir con ferocidad el movimiento obrero y campesino, o para arrasar "desamortizándolo" la mitad del patrimonio artístico, monumental y religioso de la nación, así como todas sus estructuras comunales y sus tradiciones regionales y culturales. Se necesitará la tragedia *El otro* 1926 para que Unamuno exprese todo lo que de infernal se mueve en este cainismo sin retorno. Sólo mentes lúcidas, de tarde en tarde, sabrán reaccionar frente al dogmatismo del odio "purificador". Dentro del campo anarquista merece recordarse el sarcasmo de Ricardo Mella (*Cuestiones de enseñanza libertaria* "¡Basta de idolatrías", 1911) ante "una tarjeta ignominiosa: un trozo de tela con el rostro de Ferrer rodeado de una corona de espinas y en lo alto un letrero que dice "Ecce Homo". Abajo una burda representación de su fusilamiento por Maura y sus secuaces. Sólo falta la Magdalena, sin duda porque el autor se olvidó de Soledad Villafranca".

Se había confundido la racionalidad rigurosa con el más torpe sectarismo. El círculo del oscurantismo y la superstición clericales, unos nuevos clérigos lo habían cerrado ahora sobre sí mismos.

2. Los tiempos corto, medio y largo en los acontecimientos sociales

Una explicación de tan irracionales antagonismos puede darnosla la confrontación entre los ritmos vitales heterogéneos que están empujando, sobre un mismo escenario epocal, a movimientos sociales, acontecimientos históricos y mundos del espíritu de distinto ciclo diacrónico. En esa generación de 1900 están entrecuchando acontecimientos de larga duración, como la evolución entera del cristianismo, o de la propia cultura española, que se mezclan con otros de tiempo medio, como la "Decadencia" ya en fase terminal de España, y en los cuales interfiere el ritmo vertiginoso del ciclo corto en que se cruza el anarquismo, apremiado por la inmediatez del proceso revolucionario. La iglesia venía sufriendo siglos de acoso sin cuartel, ilustrado o liberal, y socialista; el acontecimiento cultural e histórico de primer orden que se llamaba España

veía peligrar tras "el siglo de Oro" y la larga deformación que le produjo el "Imperio", su eminente utopía de la liberación del hombre; y la organización libertaria no tenía materialmente tiempo de atender aquello incomparable que se ocultaba tras los nefastos decorados de la época: el "Sermón de la montaña", la densa tradición espiritual y civilizadora del monaquismo medieval, San Francisco y el franciscanismo, figuras como San Juan de la Cruz o Las Casas, arquetipos inmortales como Don Quijote, Segismundo o "El Criticón". Ninguno de los valores fundamentales por los que todos luchaban, sacrificándose hasta el límite, era visto por los otros más que bajo la máscara de su intolerable caricatura. Y no obstante, quizá no hubiera sido intelectualmente imposible hacer comprender a unos y a otros que en el fondo no había más que el trágico malentendido señalado por Brenan (*El laberinto español*, 1962): "la rabia de los anarquistas españoles contra la Iglesia es la rabia de un pueblo intensamente religioso que se siente abandonado y decepcionado".

3. Utopía, estructuración y entropía en los sistemas sociales

El hombre es animalidad racional, desde luego, pero también mucho más. Es animal soñante. El que en su vigilia sueña, aquello en que cifra su soñación es en un vivir independiente de todo orden y toda ley impuestos; aunque por buenas razones, y sobre todo por su propia responsabilidad, los respete. Todo lo que hace es hacer de sí mismo creación: crear el mundo que aún está por hacerse, y lo que más le importa, creerse y crearse a sí mismo, co-crearse, igual que hace con él la otredad con la que en cada encuentro esencial, armónico sueña, y a la que ama. Un polo centrador del imaginario, de la irrealidad generadora de los sueños del hombre es así su intimidad compartida. El otro polo es su utopía: el mundo del espíritu, la "morada de sueños" en la que toda comunidad de hombres funda su cosmovisión, su liberación absoluta, suelta de todo determinismo: su titanismo sobre-humanador. Nietzsche ha vuelto en este punto crítico a lo esencial del mensaje de Jesús. Así nacen los lenguajes simbólicos que crean las religiones, las culturas, las tradiciones del espíritu creador. Una sociedad es, precisamente el conjunto de estructuras que acumulando tiempos cortos y tiempos medios, terminan por institucionalizarse y hacerse tradición viva en los acontecimientos históricos de larga duración. En el curso de ese acontecimiento se despliegan las estrategias que le van a permitir relacionarse con el contexto y defenderse y crecerse ante sus agresiones. Pero todo cuerpo social así organizado está abocado a perecer, a causa de su propia entropía interna, o sea del alto costo en energía vital y creadora que tiene que pagar, y que le hace cada vez más vulnerable al encuentro no armónico con el entorno.

4. Arquetipos y contaminaciones en la cultura liberante española

Los relatos ideológicos de la Ilustración — el famoso "siglo de las luces" — y del materialismo histórico han contaminado intensamente la cultura española.

Por mucho que el tradicionalismo político, igualmente ideológico, haya distorsionado nuestro sentido de la vida, identidad o tradición cultural, hasta presentárnoslos bajo una máscara deforme, nada hay de más valor en toda la realidad histórica que la utopía por la que cada pueblo, o cada gran creencia se conciben a sí mismos construyen su propio mundo del espíritu, su lenguaje, arte, filosofía, religión, costumbres, estilo y esperanza. Y no es cierto, sino falsedad suma, que España se haya opuesto a la modernidad; cuando es la España del siglo XIII — las Escuelas de Traductores de Toledo o Córdoba; Ramón Llull, San Antonio de Lisboa, Santiago, que irradian sobre Europa, además de espiritualidad, los perdidos clásicos griegos y latinos —, la del Renacimiento liberante, el Nuevo Mundo, el "siglo de Oro" y el Barroco, la España que crea la Modernidad matriz, de la cual las otras nacen. Es decir, contra la cual, pero alimentándose de ella,

nacen las otras dos modernidades tardías, ya no fundamentadas en el absoluto cristiano o evangélico, sino autofundamentadas. Seguir en ese gran río de Occidente y sus mestizaciones planetarias las vicisitudes alternativas de hegemonías y decadencias, esclerosamientos y relanzamientos, según las varias utopías que animan, a las distintas Europas y sus transeuropas — hispánica, rusa y anglo-sajo-latina —, adonde nos trae es a este fin de siglo de la posmodernidad liberal y el posmarxismo. Y es en este escenario concreto donde redescubrimos, oculto bajo sus contaminaciones aparentes, el manantial común que está nutriendo (desde los arquetipos literarios de Don Quijote, de la sobrehumanadora "Llama Viva" juancruciana — "Para el justo no hay ley, él para sí se es ley" —, del "anarca" Critilo en la "utopía crítica" graciana tanto a la milenaria tradición cristiana de los españoles como a su reciente tradición libertaria, revolucionariamente relanzadora de nuestra hispana cultura liberante.

5. El anticatolicismo de Ferrer y los tiempos del catolicismo español

Aunque demasiado apresuradamente, mi intento no ha sido otro que el de esbozar ante un observador desprejuiciado y atraído con simpatía hacia nosotros, un marco de referencia capaz de encontrar, tras la revolución de 1936, la coherencia profunda que hace posible hoy el cambio de paradigma tanto español como hispánico, hispanomestizo. El tipo de Brennan, o de Orwell, cuenta hoy con miles de hispanistas — filósofos, historiadores, filólogos, teólogos de liberación, escritores — forasteros a nuestra sociedad hispánica. Otros miles de universitarios y creadores equivalentes trabajan ahora con ahínco en nuestros países. Es ingente la tarea de exponer e interpretar con un criterio liberante toda la riqueza de la tradición de *hombreidad* — como se hacía eco Unamuno, comentando a Oliveira Martins — y quijotismo; de "nihilidad sobrehumanadora" — "la vida es sueño" y "el gran teatro del mundo" — que anima a nuestros santos, místicos evangelizadores; de utopía crítica o racionalmente vivida por nuestro pueblo comunal y nuestras ejemplares o anónimas figuras trascendidas por su propio sueño o utopía libertaria. Entre los auténticos privilegios que me han sido concedidos en mi existencia está la amistad entrañable con un puñado de esos hombres anarquistas. Figuras como la de Diego Abad de Santillán, para quien no era ningún misterio en sus últimos años de Buenos Aires y de Madrid vivir sencillamente el más acendrado ideal del Jesús de los Evangelios desde una constante y a-religiosa "duda metódica", dan cima y energía creadora a un pueblo en marcha para mucho tiempo. Hombres como él encarnan el arquetipo del anarca.

6. El libre o anarca tras la revolución española e hispánica

Ernst Jünger, con su novela iniciática *Lumeswil*, nos ha devuelto este arquetipo del anarca, "que todos llevan en sí, aunque pocos lo advierten", que "no es el antagonista del monarca sino su polo contrario": el que no quiere dominar más que "a sí mismo", "lo anarco... es lo que tengo en común con todos..., lo humano, en su fondo todavía sin nombre". Pero la cuestión está lejos de ser un hallazgo literario de nuestros días. Es Dios mismo quien, para cierta teología de la alta Edad Media, consiste en ser el *anarjos*, quien carece de principio por ser él su propio principio, quien no está sujeto a límite, necesidad ni determinación: el *suelto de todo*, el ab-soluto. Y todos los relatos neotestamentarios en lo que están centrados es en lo que Jesús enseñó acerca de este *anarjos*, su "Padre de bondad". Respecto del cual sus hijos los hombres son los ab-solutos, los libres sustantivos, los anarcas, *haciéndose*, porque participan de la misma absolutidad del ab-soluto. Toda la mística cristiana — y su derivación y retroalimentación a la vez, la "sufi" del Islam — no es más que un ahondamiento titánico y silencioso en esta visión directa de la sobrehumanación del hombre. Una metamorfosis íntima en la que se hace todo hombre de vida auténtica, sea religioso o no lo sea, cuando pone su sueño, alma o ideal en construir el mundo de los libres; o, como dice Jesús, el *Reino* de su Padre del cielo. Claro que un anarquista no es un anarca sino su aprendizaje; igual que un cristiano no es todavía un libre sino *haciéndose*. Pero poco sospechaban nuestros laicistas y tradicionalistas de hace cien años que ellos mismos estaban, a la vez que tan lejos, tan cerca. Además, es cierto que nuestra revolución se ha quedado por ahora en revolución cultural. — En España, tanto acerca de España como acerca de todo tenemos estudiado y estamos estudiando, desde dentro y desde fuera, más y mejor que nunca. Eso ya no nos lo quita nadie —. Pero no es menos cierto que seguimos teniendo pendiente lo que más importa. Sólo que este camino que aún no nos han dejado recorrer, el que conduce a la construcción de nuestro modelo pleno de democracia social, económica, educativa y política — para España, para la comunidad hispana de naciones subyugada, para la nueva situación universal en que estamos entrando — pasa por esta previa metamorfosis o transmutación interna, a través de la cual cristianos y libertarios sabemos que nace el libre, el *hombre nuevo* capaz de levantar sobre sus débiles hombros la humanidad nueva, a la que han intentado acercarse en vano hasta ahora, medio a locas, nuestro "siglo de las revoluciones".